

Fiestas salesianas

El domingo 31 de enero de 1858 fue un día de fiesta solemne muy alegre para los buenos muchachos del Oratorio de San Francisco de Sales. Cuando el poeta latino Horacio enseñó que quitó todo el dolor quien mezcló lo útil con lo dulce, nunca se hubiera imaginado que el cristiano hubiera tenido hombres tales que, por un secreto y suave impulso de la divina gracia, o, como diría otro, por una inclinación natural, habrían aplicado su máxima a cada uno de sus actos, no para ganar aplausos, sino para conducir a los hombres por el camino del cielo.

Uno de esos hombres es cabalmente el benemérito sacerdote Don Bosco. De ello han tenido una prueba quienes estuvieron ayer en el Oratorio. Se celebraba la fiesta del Santo titular de aquella iglesia; estuvo la jornada tan bien distribuida y repartida en cosas divertidas y santas, que pasó toda ella en un momento para aquella multitud de jovencitos.

Por la mañana hubo comunión general, a la que se acercaron más de cuatrocientos chicos con el rostro radiante de gozo. Siguió luego la misa solemne, cantada por el profesor Ramello, quien hacía casi un año ayudaba con amor y alegría a Don Bosco, en la santa obra que le ha confiado la Divina Providencia. El coro lo formaban los muchachos, en parte estudiantes y en parte artesanos, buenos todos y algunos óptimos. Quien conozca el carácter inquieto de los muchachos, se habría maravillado del recogimiento y devoción que reinaban en aquella iglesia atestada de chiquillos y sin muchos vigilantes.

Y sin embargo es así; basta la presencia virtuosa de su querido Director para que reine el orden. La tarde fue amenizada con hermosas



BSCAM

y variadas sinfonías por la banda y resultó encantadora con las alegres y honestas diversiones para toda aquella turba vivaracha.

Terminaron las funciones religiosas con la bendición del Santísimo Sacramento y siguió el reparto de premios. Había estudiantes y artesanos premiados, pero no fueron los superiores quienes otorgaron los premios sino los votos libres y pensados de los compañeros. La banda de música alegraba los intermedios. Se clausuró el reparto de premios con el canto popular: Llanto de los romanos por la marcha de Pío VII, muy bien ejecutado por el joven Carlos Tomatis y un coro de más de veinte voces. Aún quedaba la representación de un drama titulado Baldini, hermosa pieza moral y educativa. Se trata de un corazón noble que, arrastrado por los malos consejos de un compañero al camino del vicio, llega a ser cabecilla de bandoleros. Pero el recuerdo de su madre, oportunamente despertado en él, lo devuelve a la honradez y a la virtud.

El amplio salón que servía de estudio con luz de gas, fue convertido en un momento en teatro. Los jóvenes actores lo hicieron a maravilla, pero sobresalió entre todos y se ganó la simpatía y los aplausos el señor Fumero, antiguo alumno de la casa. Terminado el drama y levantado otra vez el telón, apareció en el escenario una urna y un joven que iba a depositar en ella una guirnalda de flores. De pronto, se vio detrás de la urna una sombra vestida de blanco con una antorcha en la mano que cantó un bellissimo canto fúnebre, recriminando al joven, su hijo, la vanidad de sus jacintos y la inutilidad de sus lágrimas. Era la sombra de Vinciguerra, y el artista el ya loado pintor Tomatis.

Y así mezclando lo útil con lo dulce, con gran sentido y amor paterno, el distinguido Don Bosco sabía en una sola jornada santificar y entretener a tantos muchachos a los que él amaba como a hijos y ellos le amaban como a su padre.

Memorias Biográficas V
pag. 564 /565